

Mujer con muñeco

Antonio Gómez Rufo

La niña/mujer de ojos expectantes, curiosos, llegó con el crepúsculo y consiguió, a fuerza de sonreír, que el mundo se empezara a iluminar hasta convertir la opacidad en luz y la noche en amanecer. Traía tras de sí una sombra inescrutable, un misterio sin descubrir que la transmutaba en un ser indescifrable, lleno de enigmas, pero pleno también de irradiaciones y claridad. Apenas si podía describírsele más allá de su mera apariencia física, de su aspecto casi traslúcido y casi infantil, pero lo que presagiaba tanta luminosidad era que detrás del misterio, la opacidad y el enigma no ocultaba nada comparable a la maldad. Esa era precisamente su paradoja: la niña de sombras pétreas era como una antorcha inagotable; la niña de enigmas complejos era como un torrente de afectos y calor. Una sombra iluminada; un misterio haciéndose querer. ¿Quién era aquella niña/mujer que llegó con el crepúsculo y sin forzar nada, ni abrir heridas, hizo con su sola presencia que la noche reventara en un amanecer?

Tenía en el alma una pena que conseguía ocultar ignorándola, escondiéndola tras los labios más excitantes del mundo y debajo de la sonrisa más comprometedora que imaginarse pueda. Luego, de noche, a solas, sacaba su pena a pasear por los bordes de la cama y le permitía dormir a sus pies, recordándole con una lágrima que su reino era la noche y su palacio aquel lecho, mientras pedía perdón por ocultarla durante el resto del día y soñaba en su desvelo que se exiliaba a un reino vecino. Pero su pena no se conformaba y de cuando en cuando, vestida de diablillo juguetón, se saltaba el pacto y se presentaba sin avisar al mediodía, o a media tarde, sólo para hacerle rabiar.

Cuando el diablillo juguetón transgredía el pacto, ella se defendía acelerando la vida, haciendo como que no lo veía, o adelantando el hombro para protegerse el corazón. Y a veces la pena se iba, pero otras se clavaba un poco más.

Un día se sintió demasiado sola. Ni siquiera la pena salió de su escondrijo para hacerle compañía. No tenía nadie a quien mostrar lo digna que sabía ponerse, el genio que su carácter era capaz de aflorar; no tenía a nadie, ni tan siquiera quien halagara sus oídos hablándole de su luz, de la luminosidad de su opacidad, de la curiosidad de sus ojos, de la provocación de sus labios. No tenía a nadie y buscó su pena para disfrazarla de nostalgia, de viejos recuerdos tan malos como entrañables, de morbos inexistentes y de celos inevitables. No tenía a nadie..., y no tuvo más remedio que disfrazarse para no sucumbir ante sí misma: la niña/mujer se disfrazó entonces de inseguridad y empezó a notar que el mundo se le venía encima.

Quiso correr y ni siquiera encontró fuerzas para hacerlo. Quiso llorar y sus lágrimas le supieron a mar mediterráneo, a ella misma sin disfraz, otra vez a soledad. Quiso olvidarse de quién era pero sólo consiguió detestarse un poco más.

La niña/mujer comenzó su metamorfosis hacia la nada: su luz empezó a iluminar más, y tanto lució que terminó por deslumbrar el entorno, ocultándola; su sonrisa se abrió de tal modo que el rostro adquirió un aspecto horrible, deforme, grotesco; sus ojos se entornaron, sus labios palidieron y el enigma de su sombra pétrea se disolvió en luz. Con el disfraz de inseguridad pudo aparentar fortaleza, pero la niña/mujer vio de cerca los surcos de la soledad y perdió, como se pierde la vida, el sentido.

Nunca sabrá si lo soñó o lo vivió, pero ahora, cuando la noche ha huido despavorida, temerosa de su sonrisa vencedora, la niña/mujer cree haber vivido una historia de amor. No sabe con quién, pero tampoco le importa. Le basta haber comprobado que la inseguridad abandonó el barco de su existencia, que la nostalgia se disolvió con la brumas que la acechaban y que su pena ha dejado de jugar a horas intempestivas. Le basta haber descubierto que la soledad no acompaña; que si quiere correr puede hacerlo; que sus lágrimas siguen sabiendo a mar mediterráneo y que su luz ya no deslumbra ocultándola sino mostrando sus ojos, sus labios y su enigma. La niña/mujer traslúcida, infantil, sólo espera otro crepúsculo para marcharse, para volver. Aquella historia de amor ha quedado demasiado lejos. ¿Quién es la niña/mujer de la sombra pétrea y el enigma indescifrable? Unas gotas de perfume en el desierto; una conjura sutil en el aquelarre; una fotografía perdida en el fondo del cajón; una nota musical acompañando la tormenta; una gaviota posada en los restos de un naufragio; un poco de calor bajo la nieve; un beso.

Ahora que el crepúsculo acaba de llegar y la niña/mujer prepara el equipaje, encierra sus recuerdos, acopla sus maletas e inicia el viaje, se da cuenta de que los sueños son más reales que la misma realidad. Ahora comprende que su sombra no era pétrea, ni su enigma indescifrable, ni su pena otra pena que la pena del amor. Se da cuenta de que el invierno es más crudo si el frío se lleva dentro, que los otros son mucho más como nosotros los imaginamos que como en realidad son. Ahora ya es tarde para todo, menos para recomenzar. Recomenzar por el único enigma que perdura tercamente por las sombras que han vencido con la marcha de su luz: si la niña/mujer es sólo una niña o tanto como una mujer.

Una tarde salió de casa dispuesta a jugar. Nevaba sobre la ciudad y los chicos, a la salida del colegio, habían levantado un hermoso muñeco de nieve en medio de la plaza, un muñeco tan perfecto que parecía sonreír bajo el bigote de madera que le habían puesto a falta de otros aparejos más tradicionales. Ella pasó junto a él sin inmutarse, apenas sin fijarse, acaso con una sensación de desagrado porque hacía frío y el gran muñeco helado le recordaba su intensidad. A decir verdad, le desagradaba aquella figura, el bigote de madera sobre todo. Pero pasó junto a él para no dar un rodeo y, al rebasarlo, sintió algo que la desconcertó: el muñeco se había movido un poco, inclinándose, para estar más cerca de ella.

Había salido dispuesta a jugar el juego de la seducción, un juego en el que ella imponía siempre las reglas. O casi siempre.

No lo vió, pero lo sintió.

Tuvo que volver la cabeza, mirarlo, remirarlo y detenerse. Sabía que había sido solamente una sensación, que no era posible, pero aún así se detuvo, se giró y se acercó un poco más al muñeco. Una ráfaga de hielo, cortante como un cuchillo, le recorrió la espalda cuando el muñeco volvió a inclinarse hacia ella, cosiéndole la mirada de escarcha al ojal de sus labios, los más excitantes del mundo. Se acercó un poco más y se dio cuenta de que empezaba a derretirse por el lado que se acercaba. Saltó hacia atrás para no herirle más y el muñeco detuvo su licuación. Se marchó sin comprender lo que estaba pasando, desconcertada, segura de que había sufrido una alucinación.

Dos horas más tarde no había podido dejar de pasear hacia ninguna parte ni se había liberado del recuerdo del muñeco de nieve provocándola y deshaciéndose. Como una obsesión, aquel bloque de hielo con formas humanas no se le iba de la cabeza y, en aquellos momentos, sintió una nueva sensación que la perturbó un poco más: pensaba en él, pero su pensamiento era afectivo, compuesto de agradecimiento, ternura y otro componente indefinible parecido a la intriga, a la atracción, más allá del mero interés físico. Algo muy parecido a la seducción.

Y tanto revoloteaba por su cerebro aquel pedazo de frío sólido que sintió la urgencia de volver junto a él, acercarse a su piel aterida y comprobar su existencia. Sintió una necesidad absurda e irracional de la que quiso desentenderse, pero no pudo. Luchó consigo misma durante otra hora más, venciendo una y otra vez la imagen seductora de lo que ahora imaginaba como un pretendiente demasiado atractivo, aunque ella supiese que su realidad era una reconstrucción ficticia del cerebro. Pero no pudo vencer la tentación, no pudo: volvió a la plaza y allí, en el centro, impudicamente, el muñeco de nieve permanecía inmóvil, sólido, exhibicionista, soportando sin una mueca de desagrado el viento glacial y los copos de nieve respetuosos que se posaban con esmero sobre su enorme cabeza.

Se detuvo a dos metros del muñeco, o más cerca, observándolo cuidadosamente. La noche había caído y las farolas de la plaza insinuaban sus contornos, recortándolos. Pero él también la vio porque de manera lenta, pero sin disimulo, se volvió a inclinar hacia ella. De su interior, como una voz suplicante, pero sin ningún énfasis, salió una palabra que ella pudo escuchar con nitidez. Dijo: "Ven", y durante mucho tiempo ella se quedó tan petrificada y gélida como el muñeco.

Y sin embargo sabía que tenía que obedecer y al cabo lo hizo como un autómata, como una princesa hechizada, como un perro fiel. Se acercó hasta que volvió a comprobar, aterrada, que por la parte en que ella se acercaba el muñeco de nieve se derretía.

- Ven -repitió la voz.

- No puedo -susurró ella-. Si me acerco te voy a matar.

- Pero si no lo haces me voy a morir.

Su mano le acarició con inmensa ternura el brazo frío y gordo que, al instante, empezó a derretirse. Balbuciente, turbada y confusa le pidió perdón mientras rebuscaba nieve por el suelo para recubrir la herida. Cuando la recogía del suelo y la comprimía, la nieve permanecía sólida, dura, inalterable, pero en cuanto la sobreponía en el muñeco se derretía y en su licuación arrastraba otro poco de hielo fundido, con lo que la herida se hacía más y más grande. El muñeco, insensible al dolor, insistía:

- Ven.

Y ella, apenas sin habla, sintiéndose seducida por un amor incomprensible, repetía una y otra vez con un nudo en la garganta:

- No puedo, no puedo.

Entonces unas lágrimas se desbordaron por las cuencas vacías de los ojos del muñeco, horadando un surco que no se detuvo hasta incrustarse en el bigote de madera. Ella sintió que también iba a echarse a llorar y se cubrió la cara con la bufanda, adelantando su hombro más exageradamente que nunca. Pero el muñeco repitió:

- Ven.

Y ella, con los ojos inundados por las lágrimas, incapaz de hacerle daño pero también incapaz de no complacerle, se acercó y le besó la cara gélida, inexpresiva y marmórea. Antes de que pudiese darse cuenta, antes siquiera de abrir los ojos, el muñeco comenzó a licuarse y desintegrarse en un gran charco de agua cálida que se bebió la nieve del suelo. Todo fue una especie de vaho, de efluvio fugaz, de hálito incontenible, de vaharada ascendente que, como un espíritu volatilizado, subió por los aires hasta que desapareció.

Salió corriendo y lloró toda la noche. A la mañana siguiente, se puso el disfraz de insegura y empezó a notar que el mundo se le venía encima. ¿Qué fue de aquella niña/mujer que miraba y enamoraba, que acariciaba y derretía, que besaba y desintegraba, que se acercaba y desmoronaba los muros más robustos de la apariencia masculina? Unas gotas de perfume en el mar; una voz en el desierto; un recuerdo innecesario; un chirrido malsonante; un buitres en la carroña; un insulto.

Aquella noche descubrió que pese a su apariencia traslúcida, casi infantil, no era una niña. Es posible que descubriese también la ternura, la pasión y la muerte. Descubrió la desesperación, la soledad, la ausencia de la existencia cuando no queda ni la pena ni la nostalgia. Y también descubrió la terquedad del hombre, la insensatez, el riesgo y la locura aunque el premio sea la muerte. Su muñeco de nieve había muerto de amor y ella, que podía haberse negado a matarlo, conservando la lucidez y respetando las leyes de la vida y de la muerte, se había sometido, había sucumbido al placer, o a la conmiseración, o al capricho. Había sucumbido al juego de la seducción en el que, otra vez, había vuelto a ganar. Aunque quizá, pensándolo bien, todo había sido un espejismo, una alucinación sin sentido, un sueño que no podía determinar si había sido soñado o había sido vivido.

A la mañana siguiente, disfrazada de inseguridad, volvió a la plaza. Había dejado de nevar, el cielo era azul y el frío intenso de la noche anterior había desaparecido. Pero allí, entre los árboles y los bancos, rodeado por gentes apresuradas que iban y venían, entre voces de mercaderes, cláxones histéricos, ruidos urbanos y viejos sin futuro, allí en la plaza, bajo los rayos tibios del sol, el muñeco de nieve permanecía intacto, rehecho, como si nadie lo hubiese tocado e, incluso, agradeciese la mañana soleada. Tan solo le faltaba el bigote de madera que, en su lugar, alguien había sustituido por unos trapos de colores que le daban un aspecto de diablillo juguetero.

Ella sonrió. Emocionada, con los ojos llenos de agua y el pecho necesitado de grandes bocanadas de aire, se acercó despacio, por la espalda, para sorprenderle y jugar. Se acercó hasta casi rozar su nuca, pero el muñeco no se inmutó. Sigilosa, escondiéndose para que no la viera, se puso tras él, se alzó de puntillas y le susurró al oído:

- Tramposo.

Pero el muñeco permaneció inerte, insensible, petrificado. Ella se paró junto a él, a su lado, muy cerca, e hizo el ademán de posar la mano en su hombro, amenazándolo. Pero el juego de la seducción había terminado. Entonces se plantó delante de él, desafiante y malhumorada, pero el bloque helado perduró inalterable. Su gesto se volvió adusto, clavó la mirada en sus cuencas vacías y le insultó.

- Eres un cerdo.

Alguien la miró al pasar y ella se ruborizó. Escondió la cara tras la bufanda, adelantó el hombro para protegerse el alma y, desolada, contempló con tristeza la enorme cara de hielo. Se acercó un poco más, mucho más, casi tropezándolo, y lo miró fijamente. Allí, en el trozo de hielo que se suponía que era su mejilla izquierda, las huellas de unos labios permanecían sonrientes, como por milagro...

Agosto, 1987